

Reafirmación sin avances

SINODO EXTRAORDINARIO

Eduardo J. Ortiz

Ha terminado el Sínodo Extraordinario celebrado en Roma entre el 24 de noviembre y el 8 de diciembre de 1985. Extraordinario por diversos motivos. Por la composición de sus miembros: Presidentes de las Conferencias Episcopales, Prefectos de las Congregaciones Romanas, invitados especiales de nombramiento pontificio. Por la importancia del tema a tratar: el Concilio Vaticano II y sus consecuencias. Por las expectativas creadas.

REAFIRMACION

Tras leer las intervenciones de los participantes se puede decir sin titubeos que el Concilio Vaticano II recibió allí un respaldo compacto e incondicional.

No era otra la intención del Sínodo según el anuncio de convocatoria hecho meses antes por Juan Pablo II. Así lo recordaba en su saludo el Presidente Delegado de este encuentro, Cardenal John Krol (USA): "El Papa no nos ha llamado a celebrar un mini-Concilio o a cambiar o corregir el Vaticano II" (1).

Las alabanzas de aquel acontecimiento eclesial fueron rotundas. Desde Latinoamérica Landázuri (Perú) lo llamó "un nuevo Pentecostés", y Quarracino (Argentina) "el acontecimiento más importante de este siglo".

Las diferencias entre los asistentes se manifestaron sobre todo al señalar los pros y contras del post-concilio. Aunque todos se cuidaron de recalcar que "en modo alguno y por ninguna razón puede acusarse al Concilio de errores, disensiones y perturbaciones que han aparecido después del Concilio en algunas iglesias particulares" (Kuharic-Yugoslavia).

Por otra parte se insistió en que el Concilio era un acontecimiento abierto que aún no ha culminado. "No debemos tener demasiada prisa. Se necesita aún mucho tiempo y un serio esfuerzo para realizar un programa tan amplio y rico de reforma" (Dery-Ghana). "La necesidad de estabilidad aunque sea muy aguda, no debería sofocar prematuramente este proceso vital con interpretaciones rígidas" (Kim-Corea). "Mi esperanza es

que el Sínodo no sea un policía que nos muestre la señal de 'stop', sino un experto fiscal que regule el tráfico y proporcione a la Iglesia peregrina el 'mapa de carreteras'" (O'Faich-Irlanda). "El Concilio Vaticano II debe ser 'lumen, non limen' (luz, no límite)" (I. Lorscheiter-Brasil).

No faltaron quienes pareciendo decir lo mismo dijeron lo contrario. Así, según Gottardi Cristelli (Uruguay), hay quien ve al Concilio como el inicio de "un camino o proceso con diversas etapas" cuya culminación se encuentra en "la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico, último documento conciliar". El Presidente del Sínodo (Krol-USA) había dicho asimismo en su saludo que "este nuevo Código forma un triángulo con la Palabra de Dios y los documentos del Concilio". Afirmación insostenible aun como metáfora, ya que pone al mismo nivel los documentos fundantes e insustituibles de la propia fe con una colección de leyes cambiantes y periféricas, y busca controlar y uniformar un impulso del Espíritu que si es auténtico resulta inmanejable.

INCULTURACION

Esto apunta a una de las dimensiones que en un artículo anterior veíamos como tarea y reto para el presente Sínodo: la del pluralismo nacido de diversas situaciones y culturas (2).

Como era de esperar las voces más insistentes en favor de la inculturación vinieron de los países tercermundistas menos occidentalizados (Asia y Africa).

"La Santa Sede debería consentir la posibilidad y apoyar el proceso de inculturación para permitir a las iglesias jóvenes alcanzar su madurez plena, tomando elementos de su propia identidad cultural para la vida y para el culto" (Dery-Ghana). "¿Sería erróneo decir que nuestra iglesia actual, que nosotros llamamos universal, es en gran parte tradicional y culturalmente europea? ... Todo esto nos lleva a otro tema, el de la unidad que no es sinónimo de uniformidad, ni de 'standarización' ni de nivelación, sino que debe ir a la par con la diversidad, las diferencias, la variedad y quizá la multiplicidad" (Singha-Congo). "En una Iglesia misionera no hay lugar

para una iglesia —latina u oriental— que imponga sus propias tradiciones y su propia cultura en las nuevas iglesias locales que van surgiendo. Más bien hay que promover una iglesia verdaderamente encarnada, que emerge de 'la carne y de los huesos' de la gente del lugar" (D' Souza-India).

DESCENTRALIZACION

Pero no fueron sólo las iglesias jóvenes las que reclamaron más independencia.

El grupo de las iglesias ortodoxas u orientales (históricamente relacionadas con Grecia, Turquía y Rusia) repitió una vez más su patético llamado para que Roma las considere hermanas con igualdad de derechos. Desde hace varios Sínodos este es el contenido principal, y con frecuencia único, de sus intervenciones. Lo cual resulta más dramático si se recuerda que el grueso de las iglesias cristianas orientales está separado de Roma desde hace nuevo siglos por problemas semejantes.

Pero también los occidentales resintieron la centralización creciente en el post-concilio. "Se nota un regreso a un énfasis nuevo sobre la universalidad que, desgraciadamente, lleva también los signos de la centralización. Los obispos reclaman el derecho de las Iglesias locales a desarrollar su propia identidad sin dañar la unidad" (Gran-Escandinavia).

Y lo mismo se escuchó desde diversas partes del Tercer Mundo: "Todavía se toman muchas más decisiones en Roma que en la diócesis" (Carter-Jamaica). "En lugar de destacar continuamente el ejercicio centralizado de la autoridad la Curia Romana debería animar mucho más a las iglesias locales" (Hadi-sumarta-Indonesia). "Es necesaria una descentralización sin herir la comunión con el centro" (A. Lorscheider-Brasil).

Numerosas intervenciones pidieron una definición más clara de las atribuciones de las Conferencias Episcopales Nacionales, en clara respuesta al ataque que éstas habían recibido semanas antes por parte del Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Este, por su parte, intervino recordando que "el reparto del poder no puede ser el tema central del Sínodo.

Además, una Iglesia que habla demasiado de sí misma, que se ocupa demasiado de sí misma, en verdad no habla bien de sí misma". Observación aguda que sin duda habría resultado más convincente de no haber sido pronunciada desde el no reparto del poder.

La propuesta más revolucionaria en esta línea vino de un Obispo de la Iglesia oriental (ucraniana) donde la tradición sinodal está mucho más enraizada que en occidente. Pidió "crear, además del actual Sínodo de los Obispos con carácter consultivo, un Sínodo permanente... Podría tener poder legislativo para decidir con el Santo Padre y bajo su autoridad en todos los problemas de la vida de la Iglesia que ahora se deciden por el Papa y la Curia Romana" (Hermaniuk).

No faltaron por otra parte voces a favor de una mayor centralización. La más decisiva, por el apoyo posterior que obtuvo en algunos círculos, fue la propuesta del Cardenal Law (USA), invitado pontificio: "Propongo una comisión de cardenales para la preparación de un borrador de un catecismo conciliar, que el Papa promulgará después de haber consultado a los Obispos del mundo. En un mundo que se va haciendo cada vez más pequeño —la aldea global— los catecismos nacionales no responden ya a la actual exigencia de una clara articulación de la fe de la Iglesia".

Araujo Sales (Brasil), otro invitado pontificio, denunció que "algunos Superiores Mayores de las Congregaciones Religiosas no gobiernan con eficacia" y que "hay también el caso en que algunos Pastores de la Iglesia se muestran débiles o incluso que sostienen errores e incluso parecen defender a los que han publicado doctrinas falsas". Por tanto "son urgentes visitas apostólicas a los seminarios. Pero visitas que tengan consecuencias prácticas asumidas por la autoridad competente".

El argentino Primatesta fue aún más lejos al proponer sin rebozos una vuelta atrás respecto a la libertad religiosa exigida por un elemental sentido de convivencia y ratificada tras largos debates por el Concilio (3). "Anoto sobre la libertad religiosa que es necesario afirmar la obligación que tienen los Estados como tales de reconocer a Dios y promover su culto; de lo contrario se cae en un secularismo que lleva al pueblo al ateísmo práctico".

PARTICIPACION

Quienes están a favor de la descentralización no sólo deben pedirla sino

también otorgarla. Por eso varias de las intervenciones trataron de dirigir la vista hacia otros sectores cristianos diferentes del Obispo.

Lugar preferente ocuparon en esta línea las Comunidades de Base. "En estas pequeñas comunidades los cristianos vuelven a descubrir la Palabra de Dios, viven una nueva fraternidad fundada sobre la roca de la fe y descubren que la transformación del mundo según los criterios del Reino es la misión que Cristo les ha confiado" (Margeot-Isla Mauricio). "Uno de los frutos palpables del Vaticano II es el nacimiento de las comunidades cristianas de base en las que el compartir la Palabra de Dios, la participación viva en los sacramentos, la ayuda mutua, son manifestaciones y signos de un nuevo espíritu" (Ruhuna-Burundi).

Con esto se apuntaba hacia el tema del próximo Sínodo: el laicado.

Ahí hubo más afirmaciones de principio que propuestas concretas. Se insistió en la necesidad de darle mayor autonomía sin señalar los cauces. N'Dayen (Africa Central) se declaró sin embargo en contra de la tendencia a "promover" al laico multiplicando los ministerios eclesiales, ya que eso contribuye de hecho a clericalizarlo. Lo que hay que lograr es que el laico siga como laico y tenga poder dentro de la Iglesia.

Se podría mencionar aquí la propuesta de Berg (Austria) retomada por Shirayanagi (Japón) de revisar la legislación católica actual sobre la regulación de nacimientos y la admisión a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar. A juzgar por las noticias llegadas a la prensa venezolana éste habría sido el principal y casi único tema tratado por el Sínodo.

Algunos Obispos resaltan en particular la necesidad de tratar en pie de igualdad a la mujer. Pero todavía en esta área la sensibilidad no parece muy despierta. Y no falta quien la tiene embotada: "Son de alabar los institutos seculares y las asociaciones religiosas femeninas que se proponen ayudar a los sacerdotes en los servicios domésticos, permitiendo así a los sacerdotes (presbíteros u obispos) una vida humana y digna" (D'Almeida Trindade-Portugal).

LIBERACION

Pero todavía muchas de las afirmaciones a favor de la mujer o el laico se movían en un terreno excesivamente eclesiástico.

Otros participantes se esforzaron por sacar la discusión de este marco estrecho y lanzarla hacia nuevos horizon-

tes. Ya que uno de los frutos más constatables del Vaticano II había sido precisamente el de dar un paso "desde el desarrollo de la comunidad a la organización de la comunidad, desde el bienestar a la justicia, del desarrollo a la liberación... evitando la clericalización de la acción social de la Iglesia" (Vidal-Filipinas).

La teología de la liberación no fue en ningún momento objeto directo de evaluación en el Sínodo, ni se emitió juicio sobre ella. Los obispos latinoamericanos por otra parte mencionaron casi unánimemente la opción por los pobres como uno de los mayores logros de sus iglesias en el post-concilio. "El Concilio nos ha hecho ver la necesidad de escuchar continuamente la historia y, algo especialmente significativo en América Latina, nos ha hecho escuchar a los pobres" (Landázuri-Perú). "La cruz es la clave para la opción preferencial por los pobres, recibida en el Ecuador como fruto arrancado por el Espíritu Santo a la injusticia" (Ruiz Echeverría). "Somos al Sínodo que la opción por los pobres dinamice todo el proceso evangelizador de la Iglesia" (Terrazos Sandoval-Bolivia). Debemos "participar en los dolores y denunciar las opresiones de los pobres" (Castrillón Hoyos-Colombia). En Venezuela "un mayor número de cristianos participa activamente en el progreso económico-social y se esfuerza por promover la justicia y la caridad" (José Alf Lebrún).

Como era de esperar, la exposición más articulada de este nuevo impulso procedió del Episcopado Brasileño.

"La Iglesia del futuro será la Iglesia de los pobres: no sólo atenta a los pobres, sino identificada con ellos o con Cristo pobre; y no por razones sociológicas, sino por fidelidad a Cristo y al Concilio... En América Latina la Iglesia es Pueblo de Dios, pueblo en su gran mayoría rico de fe pero que al mismo tiempo vive una situación de extrema pobreza. En consecuencia la Iglesia debe ponerse a la escucha del pueblo como pueblo de fe y como pueblo pobre, predilecto de Dios a causa de su pobreza. Para escuchar al pueblo la Iglesia debe crear en sí misma algunas condiciones: cambio de su papel social, actitud de escucha, de humildad, capacidad de captar el mensaje del pueblo, dejarse cuestionar por dicho mensaje, evangelizar a aquéllos que en el pueblo no están de acuerdo con el Evangelio, perseverar en dicho proceso como actitud pastoral permanente y aprovechar la potencialidad evangelizadora del pueblo pobre"

(A. Lorscheider).

El Presidente de la Conferencia Episcopal Brasileña, Ivo Lorscheiter, abordó directamente en una ponencia presentada por escrito el tema de la teología que acompaña a esta acción: "Entre los frutos positivos del Concilio, en Brasil y en toda América Latina, está la elaboración de una teología adaptada a las condiciones específicas de la iglesia de nuestro continente. La teología de la liberación es el principal resultado de este esfuerzo. Representa no el producto de pocos teólogos aislados y más audaces, sino el fruto del conjunto de la vida de la iglesia latinoamericana, sobre todo después de Medellín (1968). Contra falsas interpretaciones se debe aclarar que la teología de la liberación no es teología de la violencia o que impulse la violencia. No es una teología que asuma o justifique la ideología marxista. Tampoco aplica a América Latina la teología europea. No rompe con la tradición de la teología católica. Nace de una experiencia espiritual —una experiencia 'teológica' en sentido fuerte— la experiencia de Dios que se encuentra en el pobre. Presupone también una nueva conciencia del contexto de opresión en que vive el pueblo, y de los movimientos de liberación que exigen de los cristianos una respuesta de fe. Exige por esto una conversión a los pobres y el compromiso por su liberación hacia la cual se orienta la práctica pastoral de la Iglesia, mirando a una liberación integral: desde las liberaciones históricas a la plena comunión con Dios más allá de la muerte. En este sentido la teología de la liberación lee la historia de Israel y la revelación de Dios en Jesucristo que ilumina también el presente y contribuye a una lectura teológica de la historia de hoy. La teología de la liberación es indispensable a la acción de la Iglesia y el compromiso social de los cristianos, aunque conlleve riesgos como los señalados recientemente por la 'Instrucción' de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Riesgos que es necesario afrontar con seriedad y responsabilidad".

No faltaron voces semejantes venidas de otras latitudes. "En el campo de la justicia la Iglesia debe ponerse al lado de los pobres, de los oprimidos y marginados" (O'Fiaich-Irlanda). "La iglesia en América Latina es una iglesia en movimiento y con una estrategia pastoral bien programada que implica a todo el pueblo de Dios. También nosotros podemos imitarla" (Winning-Escocia). A pesar de lo favorablemente exagerado de esta apreciación a distancia, ella refleja



ALFREDO BAQUERÓ VIC 81

el valor simbólico universal de todo un movimiento.

Por otra parte se escucharon algunos ataques. Castrillón Hoyos, Secretario del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), que en su intervención en el Aula Sinodal había mantenido un cuidado equilibrio, fue sacado de sus casillas en una rueda de prensa donde los periodistas le preguntaron su opinión sobre las últimas intervenciones del Episcopado Brasileño: "No se puede hablar de 'la' teología de la liberación. Si el obispo brasileño (Lorscheiter) entiende por ella la liberación integral del hombre tal como aparece en la Escritura, estoy de acuerdo. Si se refiere a todas las líneas de las teologías de la liberación, entonces no estoy de acuerdo para nada. No podemos adoptar el odio como arma de evangelización, ni una iglesia llena de ametralladoras: allí no está el Cristo crucificado". Cuando alguien le preguntó si perdonaría al teólogo Boff respondió: "Esto habría que preguntárselo a Dios, y cuando Dios responda entonces yo y el Papa podremos perdonarlo o no" (4).

MENSAJE

La llegada a la mitad del recorrido ha sido siempre un momento crítico para todo Sínodo. Es entonces cuando el Relator, en este caso el Cardenal Danneels, después de haber escuchado los aportes de cada participante, debe recoger las propuestas y encaminar las reflexiones posteriores.

Esta relación de Danneels no gustó a todos. Tres conferencias de prensa particulares de los Obispos de Canadá, USA y Brasil la acusaron de preferencia unilateral por la línea de Ratzinger y la Curia Romana, e hicieron notar que numerosos puntos y propuestas consideradas por muchos como fundamentales habían quedado marginadas o silenciadas. En particular las concernientes a un Sínodo permanente con carácter legislativo, la autonomía de las iglesias locales,

los ministerios de los laicos y las mujeres, y la inculturación en liturgia y catequesis (5).

Los organizadores reaccionaron llamando la atención a los Obispos implicados, y prohibiendo que se dieran ruedas de prensa particulares hasta finalizar los trabajos del Sínodo (6).

No resulta fácil adivinar cómo siguieron las discusiones. Se sabe que los participantes se reunieron por grupos lingüísticos durante dos días y medio. Luego un encargado de cada grupo presentó ante la Asamblea una apretada síntesis de proposiciones que la oficina de prensa resume aún más en sus boletines oficiales. El grupo de habla italiana y uno de los dos grupos de habla francesa se sumó a la petición de promover "un 'catecismo de la fe' dirigido a los creyentes; un libro de la fe cristiana' ofrecido a los no creyentes; y un 'libro de la doctrina moral' para todos".

Al final los Padres Sinodales redactaron un breve Mensaje al Pueblo de Dios y un Documento Final algo más largo. Partes sustanciales de este último aparecen publicadas en la sección de Documentos de este número de SIC y son comentadas en un Editorial.

Allí se contiene una reafirmación unánime y sin ambigüedades del valor permanente del Concilio Vaticano II. En las actuales circunstancias no cabía esperar mucho más. Y esto no es poco.

NOTAS

- (1) Las citas están tomadas de los resúmenes presentados por la Oficina de Prensa Vaticana, tal como aparecen en la edición semanal en lengua castellana de *L'Osservatore Romano*.
- (2) *Entre Concilio y Sínodo* — SIC, No. 479, pp. 415-417.
- (3) *Pluralismo y Libertad* — SIC, No. 445, pp. 206-208.
- (4) *Revista Vida Nueva*, No. 1506, pp. 48-49.
- (5) *Revista Vida Nueva*, No. 1506, p. 47.
- (6) *Revista Vida Nueva*, No. 1507, p. 9.